

# NOTICIAS SOBRE LAS TRIBUS DE LAS COSTAS DE TEJAS DURANTE EL SIGLO XVIII

Por VICENTA CORTES ALONSO (Dr. en H.<sup>a</sup>)

Del Seminario de Estudios Americanistas de la Universidad de Madrid

Junto a las costas del gran Seno Mejicano que hoy comprenden el estado de Tejas, que en el siglo XVIII se conocía con el nombre de Nuevas Filipinas o Provincia de los Texas, vivían una serie de tribus o nacioncillas enlazadas con las grandes tribus del Sureste o de las Praderas por su lengua, su cultura o sus relaciones.

Las no bien conocidas Provincias Internas de la Nueva España, una de las cuales era la que nos ocupa, estaban gobernadas y defendidas por medio de presidios y misiones, medios insuficientes para las condiciones del amplio y alejado territorio, que además, por su situación periférica con respecto al virreinato de Méjico, era difícil de atender convenientemente.

Al iniciarse con el siglo las exploraciones y fundaciones francesas en el valle del Mississippi, cobra importancia la frontera de dicha provincia; pero, aunque tanto económica como políticamente era de sumo interés fomentar la población y el fortalecimiento de tales parajes, ninguno de los memoriales, planes de presidios ni fundaciones de ciudades tuvieron mayor éxito.

Tal estado de cosas derivaba en parte de la situación y carácter de los indios que habitaban las tierras que, comprendidas entre los ríos Grande del Norte y Sabina, ascienden desde el golfo de Méjico hasta perderse en las llanuras centrales. Procedentes de ellas irrumpían constantemente sobre los pueblos indios y blancos de Tejas las belicosas y depredadoras bandas de Apaches, Comanches y Osages, que, a manera de arreado ariete, iban empujando hacia el Sur a los Cado

y sus vecinos, los que, a su vez, por descensos sucesivos, hacían retroceder hacia el mar a los que tenían a sus espaldas.

Estas tribus, más meridionales, poco numerosas y de carácter errante, no eran precisamente el mejor elemento en el que pudiera confiarse para la defensa del país, pudiéndose a duras penas congregarlos en las misiones, atraerlos a la vida sedentaria y conseguir su amistad firme.

Son escasas las noticias que de ellos se tienen desde la relación de CABEZA DE VACA en sus *Naufragios*, hasta que las regiones del Missisippi se vieron frecuentadas por los franceses, en cuyas memorias y relatos aparecen los habitantes de las costas meridionales del gran río. LA SALLE, LA HARPE, JOUTEL, etc., nombran y describen a algunos de ellos. También en los documentos españoles encontramos referencias a los moradores de las costas tejanas, los Bidai, Akokisa, Karankawa y Cocos y Mayeyes. Entre todos no sumarían más de 850 indios, errantes entre los puestos españoles para solicitar regalos, las haciendas para sustraer ganados y las islas arenosas de las inmediaciones para refugiarse, escapando así al castigo, al trabajo regular y a la misión.

## LOS BIDAI

La tribu de los Bidai, cuya filiación lingüística no está claramente definida, pues unos autores la consideran emparentada con los Tunica y otros con los Cado (1), era, por su emplazamiento entre el curso medio de los ríos Nechas y Trinidad, un enlace entre las tribus sedentarias de la confederación Cado y los atacantes occidentales, los Apaches. Que la paz entre las tribus era esencial, no sólo para los propios indios, sino aun para los blancos, lo demuestra toda la política llevada a cabo por los colonizadores en la Luisiana durante todo el siglo XVIII y, en esta zona del Poniente, los proyectos de paz que el gobernador francés Kerlerec aconsejaba en 1753 para asegurar su frontera frente a los españoles (2).

Los Bidai habían ayudado varias veces en tales transacciones a los franceses, y lo mismo siguieron haciendo con las autoridades españolas y sus propios vecinos luego de 1763. Cuando en 1771 su capitán Melchor (a) "Gorgoritos" volvía de San Antonio de Béjar de legalizar las paces de los Adaes y Natchitoches, fué abordado por unos jefes de los Apaches, que lo comisionaron para que negociara una tregua más amplia de la suya con los blancos. Este personaje debía tener bastante crédito y habilidad, pues al visitar al comandante de Natchitoches se comprometía a conseguir que los meridionales Karankawa y Cocos no hostilizaran a los pobladores.

Al año siguiente, cuando se quejaban con ofendida fidelidad de que sus aldeas no eran visitadas por el oficial Atanasio de Mazières, su ofendida amistad no tendía tanto a fortalecer con la visita sus lazos

con el comandante cuanto a conseguir un buen regalo que compensara sus desvelos apaciguadores (3).

En 1778, cuando el citado agente recorría el país, encontró a los Bidai ocupando habitualmente un lugar a dos leguas del antiguo presidio de los Orecoquisas (Akokisa). Por las mismas fechas, al hacer el caballero Croix su visita, los reunió para elegir sus capitanes. Acudieron a su llamada 40 hombres, a los que incitó para que no permitieran que los ingleses invadieran sus tierras. Un año más tarde los encontraba De Mezières reducidos a la mitad de su antigua población, unos cien guerreros en total, como consecuencia de la reciente epidemia. La fundación de la villa de Nuestra Señora del Pilar de Buearelli, junto al río Trinidad, había representado un apoyo para el tránsito entre la Luisiana y Méjico y, al propio tiempo, un sostén y seguridad para las pequeñas naciones circundantes que estaban desamparadas desde la extinción del presidio de Orecoquisas. Ahora, al abandonarse también esta fundación, volvían los indios a su vida errante, descendiendo hacia la costa (4). Quedaban entonces bajo la jurisdicción de Natchitoches, adonde se dirigían en 1780 un grupo de siete guerreros, nueve mujeres y 17 niños, al mando de Capot, para festejar la llegada del nuevo comandante, Vaugine, permaneciendo junto al río de las Cañas. Recibieron de él un regalo de 10 cuchillos, 24 agujas y 24 piedras de chispa. A poco sufrieron un ataque de los Aranamas, los cuales atacaban sus campamentos, robándoles los caballos; pero ellos, con atrevimiento, persiguieron a los atacantes, causándoles cuatro bajas. Vaugine informaba, preocupado, que si el incidente producía una guerra, habría que ayudar a los Bidai, pues de lo contrario serían arrollados por sus enemigos, más numerosos (5).

De esta época tenemos un censo de Nicolás Lamate, completado y remitido en la primavera de 1783 por Vaugine, en el que los Bidai ascendían a 370 personas, o sea, 70 hombres, 80 mujeres, 105 niños y 115 niñas, que vivían en casas de cuero y estaban gobernados por un Jefe de Gran Medalla y un Capitán de Gola. Este censo se aviene con los cien hombres de que nos había hablado años antes De Mezières.

No volvemos a tener noticias de los Bidai hasta 1793, en que se cita su nombre al hablar de las misiones que el Colegio de Guadalupe de Zacatecas había establecido en Tejas (6).

## LOS AKOKISA

Esta nación, a la que SWANTON clasifica como perteneciente a la familia Atakapa, vivía en 1777, cuando Croix hizo su viaje, a dos días de camino de la costa del Seno Mejicano, junto al río de la Trinidad; a cuatro días del río Colorado por el SSE., a tres días del de Brazos de Dios y a tres del Nechas, donde se construyera el presidio de San

Agustín de Alumada, que aparece en los documentos con el nombre de los indios Orecoquisas, y que estaba abandonado desde 1772.

Más al sur se había establecido la villa de Bucareli para vigilar a los indios de los contornos, como vimos, pero que no tuvo larga vida. En 1778, los Akokisa se mostraban muy amigos de los Karankawa, que los visitaban frecuentemente. La nación estaba compuesta por 40 guerreros. Cinco años más tarde, Vaugine informaba que el total ascendía a 170 personas, comprendiendo 30 hombres, 40 mujeres, 40 niños y 70 niñas, al frente de los que había un Jefe de Gran Medalla y un Capitán de Gola. Como los Bidai, vivían en tiendas de cuero, cambiando la residencia a voluntad.

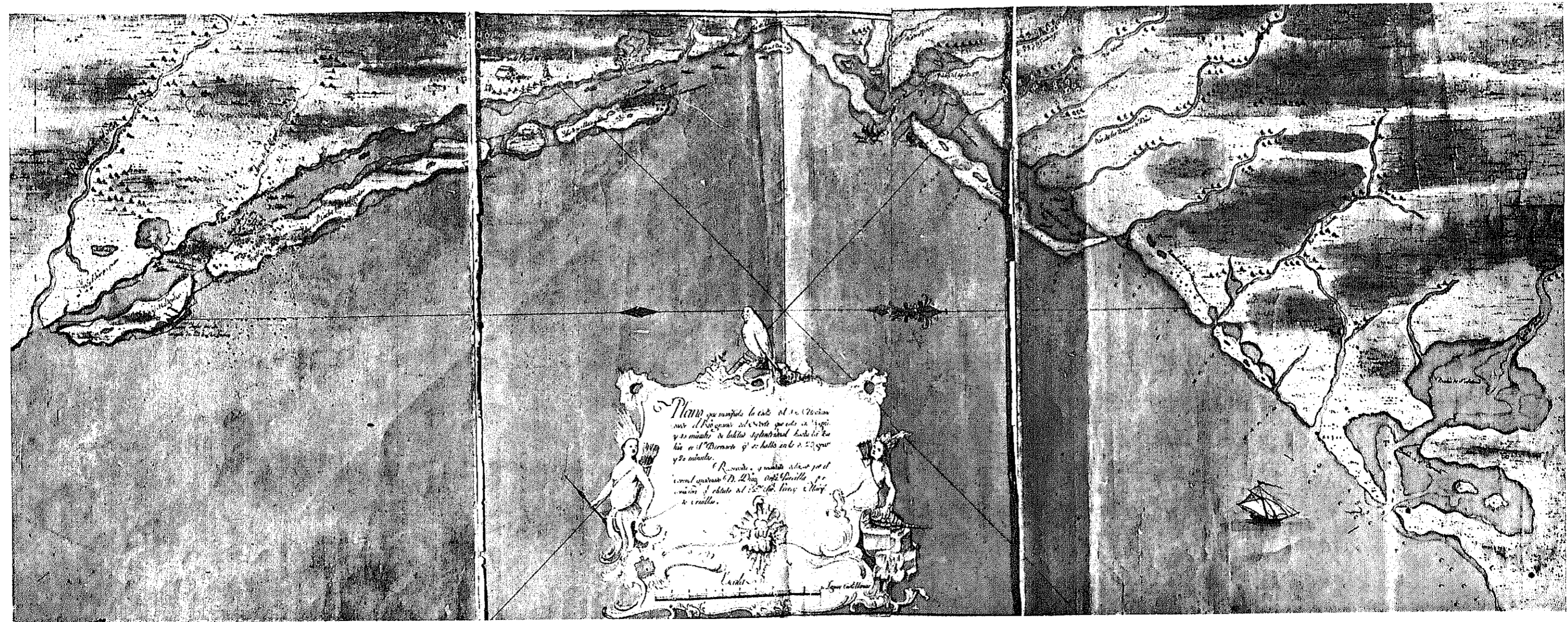
Estos datos numéricos dan la razón a SIBLEY, cuando decía que hacia 1760-70 la nación constaba de 80 hombres, bastante reducidos en el siguiente decenio; pero que, desde luego, cuadra mejor que la cifra de trescientas familias facilitada por el capitán Orobio y Basterra en el año 1747, que más hace pensar en la totalidad de las tribus habitantes del litoral.

Debieron desaparecer a fines de la centuria, cuando las tribus Cado y sus aliados, entre los que vivían, tuvieron que defenderse de la invasión de las naciones de la otra ribera del Mississippí, que, empujadas por los colonos americanos, emigraban al haber perdido sus cazaderos (7).

## LOS KARANKAWA

Son más abundantes las noticias que sobre los Karankawa se tienen en la primera mitad del siglo XVIII porque, habitantes de la costa y las islas fronterizas, fueron visitados por varias expediciones francesas, de las que se conservan relaciones. Ellas han servido a los investigadores para realizar interesantes trabajos, a pesar de los cuales su lengua no ha podido emparentarse con las colindantes, aunque, dada su afinidad con la Pakana, podría estar emparentada con la Coahuilteca (8).

Procedían de la bahía de Matagorda, en donde se fundó una misión con ánimo de que, adoctrinados, se convirtieran en gentes agricultoras y pacíficas. Pero no podía conseguirse tanto con la sola labor de los padres misioneros, y en 1770 escapaban 25 familias de Espíritu Santo para dedicarse a su natural vida de vagabundeo, dirigiéndose hacia el norte por la costa. Meses más tarde, en 1771, algunos caciques Karankawa se presentaron en Natchitoches, el puesto más importante en la orilla derecha del Mississippí, para decir a su comandante que visitara sus aldeas. De Mezières tenía gran empeño en que los desertores volvieran a su abandonada misión, y para conseguirlo encargó a los Bidai que actuaran de mediadores, puesto que su presencia entre las tribus tejanas próximas no podía acarrear más que disgustos. Tan ne-



*Planis* que muestra la costa del Mar del Sur  
desde el Rio grande del Norte que es a 15  
y 30 minutos de latitud septentrional hasta la  
luz de la Península que se halla en los 15  
y 20 minutos. *Revisado y aprobado por el  
señor don D. Diego de S. S. para  
su uso en el año de 1715. Por el  
señor don D. Juan de S. S.*

cesario lo consideraba, que en 1772, con el fin de que se tomaran las medidas convenientes para volverlos al sur, entablaba una polémica epistolar con el P. Fr. José Abad, al que decía que, aun reconociendo "la genial barbaridad de los indios", había que recogerlos de nuevo en la misión para liberar a los colonos y pobladores de sus robos y hostilidades (9).

Que muchos de los establecidos en las costas y de los que vivían en la isla Culebra eran fugitivos de la misión, se desprendía de su conocimiento de la lengua española. Los costanceros estaban mezclados con los Aranamas—procedentes, como ellos, de la bahía de Matagorda—y podían, según un plan del oficial Villevenbre, proporcionar 20 hombres de armas para colaborar con los otros indios de la provincia a destruir a los Osages, atendiendo al contingente que proyectaba en 1777.

De Mezières trabajaba en 1778, como en años anteriores, para que los Karankawa volvieran a la bahía del Espíritu Santo. Para ello, durante su visita a sus amigos los Tawakoni les pidió que por la persuasión o por la fuerza, si preciso era, los enviaran a su primitiva jurisdicción. Consiguió que se pusieran en marcha hacia la misión, haciéndolos escoltar durante el viaje para que no fueran presa de los Comanches, y únicamente quedaron un indio llamado Andrés y su hija—que estaban ausentes—y dos indios más, Cayetano y Marcela, que pensaba recobrar por medio de los Tonkawa (10).

En el censo que este año enviaba el caballero Croix de los Karankawas, unidos a los Cocos y Mayeyes, y sin contar los que estaban en la isla Culebra, ascendían a unos cien, que andaban haciendo guerra a los españoles. Un año después, en 1779, De Mezières, desengañado porque volvían a huirse, como habían hecho cuatro al marchar a esconderse entre los Tawakoni, decía de ellos que eran "una nación abominable, vil, pusilánime y traicionera". Para poner remedio a sus desmanes había que sacarla de las islas en que se refugiaba, lo que se conseguiría, decía, únicamente atacándolos por mar con una expedición preparada en Nueva Orleáns que, tomando pilotos en las aldeas Atakapas, marcharía en lanchas hacia las bocas de los ríos Trinidad y Brazos.

En 1781, la misión de Nuestra Señora del Rosario se veía completamente abandonada por los que con cuidado habían sido reunidos, y los misioneros no conseguían restablecerla hasta haber transcurrido diez años.

Los Aranama, sus vecinos, seguían una trayectoria análoga a la suya, atacando en 1781 los campamentos de los Bidai, como vimos, y robándoles los caballos.

El proyecto propuesto por De Mezières para reducirlos no se realizó, y en 1783 el jefe de los Karankawa, José Aposta, que había asesinado a un blanco, recibía entre los suyos a Oreja Cortada, otro tur-

bulento cacique que quería levantar a todas aquellas naciones. Un año más tarde estaba con 40 hombres entre los Akokisa, con los que siempre habían mantenido buenas relaciones, inquietando la provincia.

Una parcialidad había quedado en las proximidades de los Lipanes, cerca del río Grande, entre la que trabajó Fr. José Mariano de los Reyes con tal tesón, que en 1789 "havian empezado a docilizarse", y al año siguiente cuatro representantes de la nación solicitaban la reapertura de la misión, en la que volverían a congregarse, prometiendo ser fieles a sus propósitos. Fr. Manuel de Silva hablaba en el mismo tono refiriéndose a los Karankawa de la bahía de San Bernardo y sus vecinos, para los que pedía se abriera de nuevo Nuestra Señora del Refugio. Orozco y Berra anota a los primeros junto a los Lipanes todavía en 1796 (11).

Todos los detalles que estas noticias nos proporcionan los encontramos reflejados en el mapa que D. Diego Ortiz de Parrilla dibujó por encargo del virrey marqués de Cruilles (lám. 1), en el que aparecen los Karankawas tanto en las islas como en las costas. Además, el canal que media entre ambas tierras está lleno de canoas con indígenas que lo cruzan. La movilidad de que nos hablan los documentos y su propia lengua, pues tienen un verbo, *lon*, que significa pasar de un lado a otro, queda aquí gráficamente constatada (12).

## LOS MAYEYES Y COCOS

Habían vivido estas tribus, de lengua Tonkawa, en las márgenes del río San Javier. A consecuencia de los ataques de los Comanches y Apaches descendieron hacia la costa, y en el decenio de 1770 los encontramos en la vecindad de los Karankawa. Como las tribus cercanas, fueron visitantes de la villa de Bucareli, desaparecida la cual emigraron hacia el mar. Hacia 1778 estaban en las tierras fronterizas a la isla Culebra, entre las desembocaduras del Guadalupe y el Brazos, 24 familias de ambas tribus huídas de las misiones de Espíritu Santo y San Antonio, vagando entre estos parajes y las islas (13).

Los censos citados de 1781 y 1783 señalaban un total de 68 indios Cocos y Mayeyes, formado por 14 hombres, 18 mujeres, 20 niños y 16 niñas, bajo el mando de un Jefe de Gran Medalla y un Capitán de Gola. En 1805, SIBLEY encontraba 200 indios junto a la boca del río Guadalupe.

## CONCLUSION

Las noticias que nos llegan por medio de los papeles que hemos utilizado no cambian grandemente los conocimientos que se tenían ya sobre el carácter general de los indios de las costas de Tejas, su medio de vida y sus movimientos.

Nos hacen conocer a algunos de sus capitanes y otros nuevos censos, por los que puede calcularse la población de las zonas costeras tejanas, al finalizar el siglo XVIII, en más de 850 indios. De ellos, 170 corresponden a los Akokisa; los Bidai ascienden a 370; los Mayeyes y Cocos son 68, y podemos calcular el número de los Karankawa en unos 230. De ellos, sabemos que en 1778 solamente los del continente unidos a los Cocos sumaban cien guerreros. Si descontamos 24 que corresponden a los segundos, quedan 76 guerreros, que, triplicados para completar la nación, dan un total de 228. Si consideramos esta cifra como la que pudiera haber llegado a 1783—salvando el defecto de cálculo con las pérdidas que hubieran podido sufrir—, obtendremos la antedicha cantidad de 850. Hecha la salvedad, como los mismos contemporáneos anotaban, de los que se escondían en las islas próximas o los que andaban errantes y fugitivos.



## NOTAS

- (1) Vid. Swanton, John R., *The Indians of the Southeastern United States*. Smithsonian Institution. 1946. Bull. 137, pág. 96.—*Handbook of American Indians North of Mexico*. Bull. Bureau of American Ethnology, 1907, t. 1, pág. 145.
- (2) Villiers du Terrage, Marc de: *Project de paix avec les Canne-cis. Une mémcire politique du XVIIIe. siècle relatif au Texas*. Journal de la Soc. des Americanistes, 1906, t. III, p. 65-76.
- (3) A. G. I. Cuba 188-A. Declaración testificada por Atanasio de Mezières del capitán Bidal Melchor (a) Gorgoritos. Natchitoches, 21-VIII-1777.—A. G. I. Cuba 111. Carta de José de la Peña a Unzaga de Natchitoches, 12-IV-1772. Para la correspondencia de De Mezières, Bolton, Herbert Eugéne: *Athanasie de Mezières and the Luisiana-Texas frontier, 1768-1780*. 1914. 2 vol. Cleveland, pues incluye todos los documentos de los viajes de este oficial.
- (4) Vid. Bolton, op. cit.—A. H. N. Leg. 3883, exp. 9-6. Relación del caballero Croix. Chihuahua, 23-VIII-1778.
- (5) A. G. I. Cuba 193-A. Censo enviado por el comandante Vaugine. Natchitoches, 5-IX-1780.—A. G. I. Cuba 194. Carta de Vaugine. Natchitoches, 20-I-1781. Idem otra carta de 1-II-1781.
- (6) A. G. I. Cuba 196. Informe de Vaugine. Natchitoches, 13-III-1783.—A. G. I. Cuba 2360. Censo. Arispe, 15-III-1783.—A. G. I. Cuba 197. Censo (Natchitoches) 1784.—Biblioteca de Palacio, t. 70, fo. 132-153. *Relación instructiva de todas las misiones establecidas en el virreinato de la Nueva España*, 1793.
- (7) Vid. Handbook, t. 1, p. 87-88.—Swanton, p. 85-86.—A. H. N. Leg. 3883, exp. 9-4. Carta de Croix. Méjico, 9-VII-1777.—Bolton, op. cit.—Censos de Vaugine ya citados.
- (8) En 1891, Gatschet publicaba *The Karankawa Indians the coast people of Texas*. Papers of Peabody Museum, vol. 1, n. 2, a base de todas las relaciones publicadas, que se completaban en 1919 con *Les Indiens du Texas et les expéditions françaises de 1720 et 1721 a la baie Saint Bernard*. Journ. Soc. des Amer., t. XI, p. 402-442, 2 pl., 2 cartes, de Marc de Villiers du Terrage y Paul Rivet. — Handbook, t. I, p. 657-58.
- (9) Vid. Bolton, op. cit.—A. G. I. Cuba 111. Resumen de cartas cruzadas entre A. de Mezières, José de la Peña, Fray José Abad y el Barón de Riperdá. Natchitoches, 24-VIII-1772.
- (10) Vid. Carta de Croix, nota 7.—A. G. I. Cuba 2358. Carta de Juan de la Villebeuvre al gobernador de la Luisiana. Natchitoches, 14-VIII-1777.—Vid. Bolton.
- (11) Vid. la relación de Croix de la nota 4.—Vid. carta de Vaugine de nota 5.—A. G. I. Cuba 196. Carta de Vaugine a Esteban Miró. Natchitoches, 12-IV-1783.—Idem fechada en 16-I-1784.
- (12) Vid. Villiers-Rivet, op. cit., página 430.
- (13) Handbook, t. I, p. 824-25.—*Conquista del Reyno de la Nueva Galicia*, por el Lic. Mathias de la Mota Padilla. 1742. Bibl. Nac. Mss. n. 2752-53.—Vid. Bolton, op. cit.—Vid. la relación de Croix de la nota 4.